

El Arte Islámico en España y en El Magreb *

El gran monumento del arte granadino precisamente nazari, es la Alhambra. De simple castillo que era en el siglo IX, llegó a convertirse en ciudad regia y corte del último Estado musulmán que subsistió en la Península. Tomó por residencia la dinastía nazari de los Banialahmar; se la dotó de torres, murallas y puertas gigantescas, para su defensa, y al amparo de ellas surgieron palacios, que constituyen la muestra más admirable de arquitectura doméstica conservados en la Edad Media.

Por su carácter militar, la Alhambra posee construcciones rebosantes de austeridad arquitectónica, donde la solidez y durabilidad rechazan los efímeros primores derrochados en las viviendas, y se ofrece bajo aspectos bien diversos: edificios de argamasa, piedra y ladrillo; con bóvedas, donde se asocian todas las soluciones posibles, y arcos de medio punto, por lo general. Cuando se buscaba algo de monumentalidad, aparecen arcos de herradura apuntados, cúpulas de gallones, pinturas rojas acentuando el aparejo, nada más. Frente a ello, quizás el ejemplo de las magníficas puertas almohades determinó los alardes de la del Vino, que parece ser lo más antiguo decorativo de la Alhambra. Toda de piedra su cara exterior, se conforma con la organización tradicional: arco de herradura, albanegas con atauriques, dintel, ventana geminada en lo alto y columnas finísimas para un tejeroz que no se conserva. La fachada interior se decoró en pleno siglo XIV, y vale mucho por los azulejos de cuerda seca que revisten su arco.

La nota de clasicismo, dentro de este mismo siglo, la da otra puerta, la principal del recinto erigido por Yúsuf I, que se llama de la Justicia, y abre, dentro de una inmensa torre, su pasadizo acodado entre dos perspectivas de fachada. La exterior es de mármol blanco, sin más adorno que los capiteles de las columnas correspondientes a su arco de herradura y veneras en las albanegas entre sobrio molduraje, todo ello trazado con exquisito sentido de proporción. En lo alto campea un paño de azulejos de relieve, formando rombos, y así también es la decoración de la fachada interior guarneciendo su arco de ladrillo con trasdós festoneado, según tradición almohade.

Frente a esta arquitectura eminentemente constructiva, sobria y firme, adaptada a lo militar y a ciertos edificios, como baños, aljibes y, en exigua parte, mezquitas, surgen las construcciones domésticas, arrastrando consigo obras de carácter público, a saber, madrazas, hospitales, oratorios y aún mezquitas enteras, re-

* GLÜCK, Heinrich y Díez, Ernst, *Arte del Islam*, Barcelona, Ed. Labor, 1932, págs. 119-122.

cintos sepulcrales, etc., donde la exuberancia ornamental se logra a base de solidez y duración. Se constituyen con paredes de tierra y ladrillo aparejado con barro, madera tosca formando planchas, bajo las que suelen fingirse arquerías de yeso; todo descuidado y pobre. Solamente las columnas constituyen una realidad presentable; más encima iban las chapas de escayola a molde, las yeserías talladas, los tableros con relieves e incrustaciones, los alicatados y azulejos, losas de mármol esculpido y miniado, maderajes complicadísimos, tallados y ensamblados con labor de lazo, mocárabes de yeso y de madera en prodigiosos desarrollos, pinturas al fresco, ya de adorno ya con figuras, y hasta paramentos de seda sujetos con clavillos. Además, todo, paredes y techos, se pintaba, doraba y plateaba, con igual primor que si se tratase de un códice o un mueble precioso. Más aún: las ventanas iban cerradas con celosías y vidrieras de colores; había puertas de taracea, tapices y alfombras, todo ello más para visto y soñado que para descrito. Y aún entraba por mucho, por muchísimo, el paisaje, las arboledas y flores, las fuentes saltarinas, las albercas; naturaleza pródiga y acariciadora encuadrando los prodigios del arte.

Una sensibilidad exquisita, no saboreada por los demás pueblos occidentales, informó este cuadro de elementos emotivos, que abarca desde el juego de luces en cada parte del edificio y los murmullos del agua viva retozando en surtidores y canales, hasta los más abstrusos problemas de geometría decorativa y la magia del esmalte con sus irisados reflejos. La vida doméstica se cifraba en un goce tranquilo y sedante de todo ello, abstracciones y soñolencias que se disipaban al despertar entre realidades, a veces trágicas, siempre penosas, dada la situación inestable y amenazadora que la sociedad granadina atravesó durante este período suyo el más poderoso, por no aludir a los sucesivos y crecientes desastres que llegaron a aniquilarse en el siglo XV. Y este aire desmayado que informó sus palacios preside, asimismo, en mezquitas y oratorios, donde las galas ornamentales y la disposición del paisaje parecen alejar a los fieles de la robusta superación a que lleva el ideal religioso.

Con no tener a penas elementos nuevos esta arquitectura nazará, destácase, sin embargo, como fase obligada, dentro de la evolución secular andaluza, pero también con rasgos felicísimos que parecen originales. Este juicio merecen sus arcos peraltados y festoneados, sus columnas anilladas y con capitel cúbico, sus carpinterías de lazo ataujerado, tantos y tantos primores que hacen inconfundibles las obras de este período cuya prolongación africana perdura incommovible dentro del territorio marroquí; así como en España llena también amplísimo sector cristiano con el mudejarismo.

Es imposible dar cuenta con brevedad del aspecto ni de las características de cada tipo de edificios. Los domésticos, sean casa modestas o palacios, obedecen a una razón común: reserva, inexpresión, misterio al exterior; integridad de recursos dentro para hacer la vida doméstica alegre, higiénica y concentrada en sí misma toda ella más bien inspirado en la tradición grecorromana que por influjos orientales. En los edificios públicos hay ostentación de fachadas, mas perdura algo de tipo doméstico al interior, lo que asocia madrazas, hospitales, alhóndigas y cementerios, en función de habitabilidad todo ello, y aun para mezquitas donde el patio, eje de la vida urbana en todas sus manifestaciones, afianza aquel criterio familiar y selecto de la organización islámica.

Dentro del siglo XIV, desarrolla la Alhambra un ejemplar proceso de evoluciones. Primero se tiende a lo primoroso, con menudencias excesivas: tipos, el Partal y el Generalife. Después, con Yúsuf I, se propende a la grandiosidad, al desarrollo de la policromía en gama caliente, dando cabida al oro en las yeserías y al amarillo en los alicatados: la torre de la Cautiva y el salón de Comares son típicos. Con Mohamed V sobreviene un cambio de estilo en los atauriques bajo impresión naturalista: se robustece el adorno, pierden finura los detalles y decae la policromía; a su vez, estructuras abigarradas preludian un agotamiento que no tardó en ser definitivo; pero, mientras tanto, la magia de estas últimas obras supera en efectismo a cuanto se hizo antes: todo el palacio de los Leones da testimonio de ello. El siglo XV casi transcurrió inactivo: la torre de las Infantas, bajo Mohamed VII, acusa plena decadencia, que se acentúa reinando Abulhassán. Por fin, cuando los Reyes Católicos entraron allí, en 1492, hubo de intensificarse el esfuerzo para salvar dichos palacios, que violentos terremotos tenían en peligro de ruina.

JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA
Patronato de la Alhambra y Generalife